

Entre las numerosas novedades editoriales aparecidas en 2014 con motivo de la canonización de Juan Pablo II, la editorial Palabra ha publicado en dos tomos dentro de la serie Pensamiento de la Biblioteca Palabra la primera traducción al castellano desde el polaco de las *Lecciones de Lublin*. El texto de la obra viene precedido de una breve presentación de Juan Manuel Burgos y una introducción del que suscribe esta reseña, que es también el responsable de la traducción.

Karol Wojtyła dictó su primera clase en la Universidad Católica de Lublin en el año 1954, poco después de haber defendido su tesis de habilitación como profesor de filosofía en la Universidad Jagellońska de Cracovia. Comenzó así una relación que había de durar hasta que se trasladó a Roma en octubre de 1978 para ocupar la sede de Pedro. Durante esos años desarrolló una interesante labor de indagación ético-antropológica en el seno del *alma mater*, que dio origen a lo que se ha denominado “Escuela ética de Lublin-Cracovia”. En la obra *Lecciones de Lublin* se recogen los tres primeros ciclos de cursos monográficos que dictó el entonces joven profesor en las aulas de esa universidad: “El acto y la vivencia moral” durante el curso 1954-55, “El bien y el valor” durante el curso 1955-56, y “La cuestión de la norma y la felicidad” durante el 1956-57.

El prof. Tadeusz Styczeń, discípulo de Wojtyła y sucesor suyo en la cátedra de Ética de Lublin, ha narrado en alguna ocasión la impresión que produjeron en los alumnos las clases del nuevo profesor de Ética: “no solo éramos testigos, sino también partícipes del encuentro entre el autor con los pensadores que antes que él intentaron descubrir la esencia de la moralidad y de lo humano. También lo acompañamos en una singular aventura para recorrer un “método para desvelar *primum ethicum et antropologicum*”, el descubrimiento de una nueva ventana al mundo de la persona humana; y esa ventana es la acción”.

El lector de esta obra experimenta la emoción de acompañar a Wojtyła en los primeros pasos del recorrido intelectual que le condujo a la elaboración de su obra *Persona y acción*. Pero, además, se encuentra con un interesante método para acercarse a la ética filosófica fundamental en diálogo con los principales epígonos de esa disciplina en la tradición oc-

cidental europea. Entre estos, en las obras éticas de Karol Wojtyła, Kant y Scheler son los dos referentes principales; pero junto a ellos aparecen confrontadas las aportaciones de pensadores de la antigüedad (Platón y Aristóteles), del medievo (Agustín de Hipona y Tomás de Aquino), o de la modernidad (Hume y Bentham).

Entiendo que, independientemente de las contingencias históricas que rodean la figura de su autor, las *Lecciones de Lublin* gozan de suficiente entidad para que merezcan ser conocidas en virtud de su propio contenido y del método utilizado.

Con respecto al contenido, basta mencionar que se trata de un estudio que arroja una luz nueva y sobre los temas principales de la ética fundamental. Como ha quedado indicado, los títulos de los tres cursos monográficos contenidos en esta obra son “El acto y la vivencia moral”, “El bien y el valor” y “La cuestión de la norma y la felicidad”. Aunque cada uno de ellos puede leerse por separado, se encuentran interconectados en una unidad ascendente, como si de tres tramos sucesivos de una escalera se tratara. A título de ejemplo, en el primer capítulo concluye que la teoría del acto-potencia puede servir para explicar adecuadamente la experiencia ética. Esa conclusión la aplicará en el segundo capítulo para distinguir entre la concepción del bien en las éticas dependientes de la filosofía del ser y las que dependen de la filosofía de la consciencia; en las primeras, el bien es algo que perfecciona real e intrínsecamente al sujeto que realiza el acto ético, mientras que las segundas no aceptan ese intrínseco perfeccionamiento. Y así llegamos al tercer capítulo: si realizar el bien perfecciona al hombre realmente, el bien debe ser el fin al que tienda el hombre en sus acciones, y como la norma se deriva del fin, resulta que el bien determina la norma. Por otra parte, lo que perfecciona al hombre debe ser lo que le conduzca a la felicidad, de donde resulta que norma y felicidad se encuentran intrínsecamente relacionadas entre sí. Teniendo en cuenta las corrientes utilitaristas que surgen de vez en vez, en el transcurso de este tercer capítulo Wojtyła tiene que subrayar que el bien al que se refiere no es principalmente el bien útil, que es un medio, sino el bien honesto, que es el que verdaderamente tiene carácter de fin.

Con respecto al método, lo podríamos denominar histórico experimental. El autor observa directamente los objetos de estudio. Y para interpretar sus observaciones, las confronta críticamente con las concepciones éticas de autores occidentales significativos, acudiendo a sus obras directamente; este modo de actuar le permite aprovechar lo mejor de la tradición filosófica precedente.

De la confrontación crítica entre las éticas procedentes de la filosofía del ser y las de la filosofía de la conciencia, el autor saca la conclusión de que una ética digna de ese nombre debe intentar mejorar intrínsecamente al ser humano como persona. Por eso, frente al utilitarismo de los positivistas y pragmatistas, frente al formalismo kantiano o al emocionalismo de Scheler, sostiene una ética filosófica que se fundamenta en la verdad de la persona humana.

Para concluir, podemos señalar que sumergirse en su lectura permite profundizar en los fundamentos de la ética mientras paseamos bajo la guía experta de Wojtyła por algunos de los principales jalones del pensamiento ético occidental. Nos proporciona también algunas claves útiles para entender las obras posteriores del entonces profesor de Lublin, y en concreto *Amor y responsabilidad* y *Persona y acción* o la serie de catequesis sobre teología del cuerpo que pronunció en los primeros años de su pontificado romano. Además, suministra al que quiera captarlo un método vivo y poderoso capaz de responder a los desafíos éticos teórico-prácticos que se nos puedan plantear. Por todo ello, entiendo que se trata de una obra digna de hacerse un hueco en la rica bibliografía ética contemporánea.

RAFAEL MORA MARTÍN